JØRN LIER HORST

SERIE CLUE

El MISTERIO del RELOJ

Diseño de cubierta: Katarzyna Grabowska
Diseño de interior y maquetación: Endoradisseny

Titulo original: *Clue. Maltesergåten*
Esta obra ha sido contratada a través de Salomonsson Agency.

© 2012, Jørn Lier Horst, por el texto
© 2022, Bente Teigen Gundersen y Mónica Sainz Serrano, por la traducción
Esta traducción ha sido publicada con la ayuda de NORLA, Norwegian Literature Abroad.

NORLA
Norwegian
Literature Abroad

ISBN: 978-84-19004-03-1
Código IBIC: YF
Depósito legal: B 9.385-2022

© de esta edición, 2022 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán
Primera edición: septiembre de 2022
Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
www.duomoediciones.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

Impreso en Grafostil, Serbia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

JØRN LIER HORST

SERIE CLUE

El misterio del reloj

Traducción de
Bente Teigen Gundersen y Mónica Sainz Serrano



Duomo ediciones

LOS PROTAGONISTAS

CECILIA GAATHE vive en la pensión La Perla con su padre, Alan W. Gaathe, el propietario y director del lugar. Su madre, Iselin Gaathe, se ahogó misteriosamente en la Bahía de los Veleros el verano pasado.

EGON es el perro de Une. Se llama Egon porque es muy egocéntrico y testarudo. Es un perro mestizo que le alcanza a uno hasta la rodilla, con el pelaje rizado y marrón. Se dice que es descendiente de un perro policía.

LEO BAST acaba de mudarse a la Bahía de los Veleros. Reside en la zona privada de la pensión junto a su madre, Rebekka, que acaba de comenzar como gerente de La Perla. Sus padres están divorciados. Su padre es periodista y vive en Dubái.

UNE FLAKER vive con sus padres y dos hermanos en una vieja casa de marineros al este de la Bahía de los Veleros. Siempre ha vivido allí. Su padre, Widar Flaker, es pescador, mientras que su madre es profesora en el colegio de la ciudad.

PENSIÓN LA PERLA

La Perla fue construida por el tatarabuelo de Cecilia hace más de cien años. En aquella época, los huéspedes llegaban al puerto de aguas profundas en barcos de vapor o a la ciudad en el ferrocarril y desde allí se desplazaban a caballo y en carro hasta la pensión. Durante la guerra, la propiedad fue confiscada por los alemanes, que la destinaron al alojamiento de oficiales. Más tarde, la pensión tuvo varios propietarios hasta que la madre y el padre de Cecilia la compraron de nuevo, la renovaron y empezaron a recibir huéspedes. Cecilia y su padre viven en la zona privada del primer piso de la pensión. Leo y su madre también viven allí. A una altura considerable, coronando la pensión, se alza la estancia de la torre.

ÍNDICE

1. El visitante nocturno 13
2. Viejas novedades 19
3. Dos vestidos rojos 26
4. El Reloj maltés 35
5. El fugitivo 40
6. Doce tañidos 47
7. Últimas palabras 52
8. La granja de los Wigander 59
9. La llave 71
10. El tiempo pasa 78
11. Pasatiempo 87
12. La recompensa 92
13. Por favor, no molestar 99
14. La reunión 105
15. Largo viaje hacia la noche 115
16. L 123
17. La Casa de la Playa 131
18. Un vestido rojo 138
19. 246/312-3 143
20. Pared de hormigón 150
21. La continuación 157
22. El tiempo se agota 165
23. Aire fresco 174
24. La llegada de una nueva huésped 179

«*¿Qué es el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé.*
Pero si alguien me lo pregunta, no lo sé.»

Agustín de Hipona, 354-430 d. C.

CAPÍTULO 1

EL VISITANTE NOCTURNO

Un ruido interrumpió el sueño de Cecilia Gaathe. No sabía qué era lo que había oído, solo que algo la había despertado.

En una casa vieja como esa había muchos sonidos. Maderas que crujían, agua en las tuberías, o huéspedes que regresaban tarde a la pensión. Ella se había acostumbrado a todos los ruidos nocturnos, pero lo que ahora la había despertado era otra cosa. Un sonido desconocido.

No sabía qué hora era, lo único que pudo adivinar es que aún era de noche. El estor estaba bajado, pero en cuanto amaneciese podría ver la luz a cada lado de la cortina. Todavía debían quedar unas horas. Ahora todo estaba en penumbra. Tan solo un estrecho hilo de luz que se colaba por debajo de la puerta del pequeño cuarto de baño le permitía ver los muebles de la habitación.

Había tardado mucho en dormirse por culpa de aquella fotografía. La fotografía de su madre, que había desaparecido el verano pasado.

Se la había dado Ebba. Era uno de los huéspedes habituales de verano, y había estado allí cuando su madre desapareció. Cuando regresó este año le había mostrado a Cecilia una fotografía del festival de verano del año pasado. En ella, su madre aparecía exactamente como la recordaba. Guapa y sonriente; pero tan solo unos minutos después de que le hiciesen aquella foto, había desaparecido.

No sabían qué había ocurrido en realidad aquella noche, y la fotografía contribuía a que todo fuese más extraño todavía. Cecilia aún no se lo había dicho a los demás, pero en la imagen su madre llevaba un vestido distinto del que llevaba cuando por fin la encontraron.

De repente, el ruido sonó de nuevo. Provenía del exterior. Un ruido sordo, como si alguien estuviera justo fuera, pisoteando la hierba. Entonces desapareció.

Cecilia permaneció inmóvil e intentó distinguir otros sonidos. A lo lejos ladraba un perro, pero junto a la ventana había silencio.

No le gustaba esa habitación. La 118. Era una estancia normal para huéspedes, pero estaba situada en la parte trasera de la pensión, sin las vistas que todos los huéspedes deseaban. Su verdadero dormitorio se encontraba en la parte privada, donde su padre y ella disponían de un pequeño cuarto de estar, cocina propia y dos dormitorios. Sin embargo, tras renovar la mayoría de las habitaciones para huéspedes, su padre había comenzado a renovar las suyas. Habían tirado las paredes y el techo, y había botes de pintura por todas partes. Mientras durase la reforma, tenían que dormir en otra parte. A ella le había tocado la habitación 118. Su padre dormía al otro lado del pasillo, en una todavía más pequeña que la suya.

Lo único que le gustaba de la habitación 118 era que tenía una puerta propia que conducía a una pequeña terraza y al jardín trasero. Además, tenía cuarto de baño propio, de manera que cuando se levantaba temprano para ir a la sala de desayunos podía meterse directamente en la ducha y luego ir a trabajar. Este era el motivo por el que no se quedaba en la estancia de la torre, aunque fuese la habitación que más le gustaba de toda la casa. Se alzaba sobre todo lo demás y disponía de ventanas orientadas en todas las direcciones que hacían que se sintiese libre. Era el lugar donde pasaba el rato normalmente cuando no salía. Excepto cuando iba a dormir; entonces se iba a la zona privada o, como ahora, a la estrecha e impersonal habitación número 118.

Tragó saliva, inspiró y contuvo el aliento.

¿Estaba la puerta del patio trasero realmente cerrada?

Intentó hacer memoria, pero no era capaz de concentrarse. Acto seguido, oyó nuevamente un sonido que procedía del exterior. Ahora parecían pasos, seguidos de un ruido similar al de algo arañando la pared.

Sin emitir sonido alguno, se acurrucó debajo del edredón. Todo podía ser fruto de su imaginación, pensó para intentar mantener el miedo a raya. Habían sucedido tantas cosas últimamente. Cosas que la perseguían en sueños. No se trataba solamente de la muerte de su madre, sino de todo lo que había ocurrido después de encontrar aquel hombre muerto en la playa hacía unas semanas. Cuando cerraba los ojos por las noches, todavía podía verlo, rígido y frío, con una salamandra tatuada en su pálido brazo.

El ruido se oyó de nuevo.

Cecilia tensó los músculos de la garganta para tragar saliva, pero tenía la boca demasiado seca como para conseguirlo.

En caso de que hubiese alguien allí fuera en la noche, ¿quién podría ser? ¿y qué querría? Obviamente, podría tratarse de un ladrón, pero le asustaba más otro pensamiento. Podría ser alguien que buscase venganza. El

hombre muerto que habían encontrado en la playa, y que ahora constantemente aparecía en sus sueños, no había estado solo, y ella, Leo y Une se habían encargado de que varias personas con el mismo tatuaje fuesen detenidas por la policía.

Otro pensamiento sustituyó al anterior.

Podría tener algo que ver con su madre. Desde que Ebba le dió aquella fotografía que mostraba a su madre con otro vestido, estaba cada vez más segura de que la muerte de su madre no había sido un accidente, como creía la policía. ¿Por qué se habría marchado sin más del festival de verano el año pasado? ¿Y por qué se había cambiado antes de vestido?

Trató de deshacerse de esos pensamientos. Un animal, pensó en cambio. El sonido podía proceder de un corzo que hubiese salido del bosque de detrás de la pensión y se hubiese detenido allí fuera mientras pastaba. Los había visto en alguna ocasión anterior, cuando se levantaba temprano por la mañana. Llegaban incluso a adentrarse en el pomar.

Cecilia permaneció quieta con la mirada fija en la puerta de la terraza. Antes de acostarse la había abierto de par en par para ventilar la habitación, como solía hacer por las noches. Había dejado entrar la fresca brisa veraniega,

como solía decir su madre. Mientras la puerta estaba abierta, había salido a pasear descalza sobre la hierba húmeda de rocío y se había secado los pies en el felpudo antes de volver a entrar. Había cerrado la puerta tras ella pero ¿había girado la llave? Era uno de esos actos cotidianos imposibles de recordar o distinguir de lo hecho el día anterior. Ella solía girar la llave, pero ¿lo había hecho esa noche?

Intentó distinguir otros movimientos, pero no oía nada. Su mirada se desplazó de la puerta al teléfono móvil sobre la mesilla. Estaba apagado, y no se aventuró a extender la mano para encenderlo. Su padre dormía al otro lado del pasillo. Seguramente se despertaría si gritaba lo suficientemente alto, pero no se atrevió a hacerlo, así que permaneció tumbada y siguió aguzando el oído. Lo único que oía era su propia respiración. Pero ¡de repente escuchó algo!

La madera de la terraza crujió.

Su corazón comenzó a latir a un ritmo enloquecido. Se quedó sin fuerzas. Temblaba como si tuviese frío, sudaba como si tuviese fiebre.

Estaba segura. Había alguien ahí fuera. Había alguien junto a la puerta.

Abrió la boca sin ser capaz de emitir ningún sonido.

El tirador de la puerta descendió lentamente.

CAPÍTULO 2

VIEJAS NOVEDADES

La puerta debía haber estado cerrada.

Alguien había presionado el tirador hacia abajo durante varios segundos, antes de que se elevase de nuevo sin ruido.

Cecilia permaneció tumbada vigilando la puerta hasta que la noche se transformó en un amanecer grisáceo. El sueño se apoderó de ella entonces, y cuando sonó el despertador, la luz del sol penetraba a través de las rendijas del estor. Toda aquella luz hizo que la noche pareciese algo lejano, y se preguntó si los sonidos que había escuchado antes de quedarse dormida habían formado parte de sus pesadillas.

Edgar era el único que se levantaba antes que ella, y estaba en la cocina. Ya había hecho café y estaba junto a los fogones friendo beicon y trocitos de salchicha.

Cecilia fue a recoger las fuentes con fiambres a la cámara frigorífica y las llevó a la sala de desayunos. El primer huésped ya se había sentado. Su nombre era Frank Kobolt y llevaba alojado en la pensión cuatro días. Se había acomodado en una mesa al fondo de la sala, hojeando el periódico. A través de la ventana de la puerta de la cocina, ella observó cómo se servía el desayuno. Había algo en él que, aun no sabiendo muy bien qué era, le provocaba una sensación desagradable cada vez que lo veía.

La mayoría de los huéspedes querían una habitación con vistas al mar, pero Frank Kobolt había pedido una estancia orientada en la dirección contraria. Hacia el amplio prado y las montañas de detrás de la pensión. Quizá fuera porque prefería el sol matutino frente a las puestas de sol sobre el mar, pensó. En cualquier caso, se levantaba pronto. Solo eran las siete, y no había bajado ningún huésped más.

Cecilia se tomó su tiempo para estudiarlo. Intuía que era algo más joven que su padre, de unos cuarenta y pocos, aunque tenía los hombros más anchos y era más musculoso. Una abundante cabellera oscura enmarcaba su rostro ancho, con un mentón pronunciado. Tenía los ojos muy juntos, y arrugas en la frente, como si estuviese concentrado en lo que estaba leyendo.

Llevaba un jersey negro de cuello alto, aunque iba a ser un cálido día de verano, unas zapatillas de deporte sucias y un pantalón negro con los bajos manchados de barro. Debía de haberse levantado muy temprano para dar un paseo antes del desayuno.

El hombre alzó la vista del periódico un breve instante, echando un vistazo a su alrededor con una mirada incisiva mientras se acercaba la taza de café a la boca. Cecilia observó, por la manera en que bebía, que había vaciado la taza. Se acercó a él con la cafetera.

Cada mañana se sentaba a la misma mesa, al fondo de la sala, como si no quisiese dar la espalda a los otros huéspedes ni perderse lo que ocurría.

—¿Quiere más café? —preguntó Cecilia alzando la cafetera.

El hombre levantó la mirada y la observó. Sus ojos eran de color gris oscuro. Una cicatriz le recorría el rostro desde la oreja izquierda, descendiendo por la mejilla, y tuvo que concentrarse para mantener la sonrisa.

—Sí, por favor —asintió el hombre, y acercó la taza.

Ella se la llenó y sus miradas se cruzaron de nuevo. Le sorprendió lo pálido que estaba, como si no le hubiese dado el sol en todo el verano.

El hombre se lo agradeció y dejó el periódico a un lado.

El papel crujió cuando lo plegó, como si estuviese viejo y reseco.

Se abrió la puerta de la cocina y Edgar entró con una fuente de panecillos recién hechos. El olor a bollería recién horneada permaneció en el ambiente cuando salió de nuevo.

Otro huésped entró en la sala de desayunos. Era el señor Aleksandersen, un viejo relojero. Cecilia sabía a qué se dedicaba porque había prometido a su padre reparar el viejo reloj de la recepción. En algún momento se había detenido marcando las doce y veinticinco.

El anciano sacó un pequeño reloj de bolsillo de su chaleco, lo miró y asintió con gesto satisfecho antes de volver a guardárselo. A continuación, se hizo con uno de los periódicos del expositor, se lo colocó bajo el brazo y procedió a servirse del bufet de desayuno.

Cecilia comprobó su propio reloj. En breve, la sala se llenaría de huéspedes. Encargarse del desayuno era un trabajo de verano estupendo, en realidad. Le gustaba levantarse temprano y, cuando en unas horas recogiese la mesa del último huésped, tendría el resto del día libre.

Se acercó a la mesa del viejo relojero con la tetera. Él sonrió y alzó la taza.

—¿Tendrá tiempo de echar un vistazo al reloj hoy,

señor Aleksandersen? —le preguntó para recordarle la promesa que había hecho a su padre.

—¿Cómo?

—El reloj de la recepción —explicó ella sirviéndole té.

—Sí. Bueno, seguro que me da tiempo —respondió alisando el periódico.

Cecilia no había tenido ocasión de echar un vistazo a los periódicos, pero observó que el que Aleksandersen sujetaba ante sí tenía diferentes titulares que el periódico que Frank Kobolt había estado leyendo al fondo del comedor. Le resultó algo extraño. Se trataba del mismo periódico.

«ATRACADOR A LA FUGA» aparecía en grandes letras en la portada del periódico del relojero. Debajo había una fotografía de un hombre que debía haber sido tomada cuando lo detuvieron. Mostraba su rostro de frente y de perfil. No consiguió descifrar todo el texto, pero leyó algo sobre un aviso de la policía acerca de un preso que se había fugado.

Aquello despertó la curiosidad de Cecilia. Siempre disponían de dos ejemplares de cada periódico en la sala de desayunos, y fue a recoger el otro ejemplar para llevárselo a la cocina y leer sobre el preso fugado. Antes de llegar al expositor, una mujer joven se llevó justo ese pe-

riódico a su mesa, y ahora la sala comenzaba a llenarse de huéspedes. En cualquier caso, no le habría dado tiempo a leer la noticia, y se alegraba de que Leo fuese a bajar a ayudarla en breve.

Leo y su madre se habían instalado en la pensión hacía un mes, después de que su madre asumiese el cargo de gerente. En realidad, ese había sido el trabajo de la madre de Cecilia, pero había fallecido. Y su padre necesitaba ayuda. Por lo tanto, Rebekka Bast se había convertido en la nueva gerente de la pensión.

A Cecilia le caía bien Leo. Era divertido y simpático, aunque también podía tomarse las cosas en serio y, de alguna manera, siempre entendía lo que ella pensaba y quería decir. Su padre vivía en Dubái, donde trabajaba como periodista en un canal de noticias árabe. Cecilia no sabía qué aspecto tenía su padre, pero Leo debía haber heredado de él su pelo oscuro y aquella piel que siempre parecía bronceada por el sol. Su madre era rubia y, cuando tomaba el sol, solo se ponía roja.

Frank Kobolt se levantó de su mesa al fondo de la sala. Recogió el periódico y se dirigió hacia la puerta. Cecilia esperó a que se fuera para recoger la mesa y prepararla para nuevos huéspedes.

Cuando pasó por delante de ella, Cecilia echó un vis-

tazo al periódico que llevaba en la mano. El papel lucía rígido y amarillento. «Se esperan más días soleados», rezaba el titular. Era lo típico sobre lo que escribían los periódicos cuando no tenían nada mejor que contar.

El hombre se detuvo delante del frutero junto a Cecilia y dejó el periódico en la encimera mientras escogía una manzana para llevarse. Cecilia pasó un paño sobre la superficie para retirar algunas migas de pan. Echó un nuevo vistazo a la portada del periódico y se quedó helada. El periódico tenía la fecha del miércoles, 28 de julio. Aquel día era martes, 19 de julio. Notó como se le secaba la garganta y le costaba respirar. El periódico tenía casi un año. Era del día en que su madre había desaparecido.